

BENJAMIN SUBERCASEAUX Y MANUEL ROJAS

Por Julio Iglesias

Así como las aves en raudó vuelo por el espacio inmenso suelen levemente juntar sus alas, cual saludo breve y despedida a la vez, para quien sabe no volverse a ver jamás, muchos hombres, durante el vuelo del espíritu, suelen tocarse, saludarse y continuar su constante incursión hacia lo alto, algunos para no volverse a soslayar.

A pocas horas del desaparecimiento de Manuel Rojas, insigne novelista y cuentista popular, se ha producido, recientemente, el deceso de Benjamin Subercaseaux. Casi contemporáneos, juntos emprendieron el caminar tortuoso por el empinado sendero de las letras, aunque luego se distancian para continuar por rutas paralelas; ambos exploran, cual buscadores incansables, las ricas vetas del fondo de la raza a través del fecundo cauce de nuestra nacionalidad. Subercaseaux, deriva hacia el campo de la ciencia: la Medicina, luego la Psicología, pronto la Sociología, la Parapsicología y hasta la Teología, siempre poniendo al hombre real, tal como es, con todo su bagaje de misterio, de ancestros insondables, de virtudes y miserias, al centro de su amplio mundo de investigador y de maestro.

Nuestro ilustre personaje, fallece a edad relativamente temprana, 71 años, cuando todas sus facultades, conocimientos y experiencias se enfilaban hacia una plenitud de la cual todos esperábamos los frutos claramente insinuados en sus obras últimas y en sus póstumos escritos. Perteneció a una generación que, en Chile y en el mundo, recibe los impactos inborrables de grandes acontecimientos socioeconómicos; ingresa a la Universidad a estudiar Medicina antes de cumplir veinte años y, sin alcanzar el título, viaja a los veintinueve a París donde se gradúa en Psicología y Sociología. Empezando luego un ciclo de interesantes viajes por Europa Oriental; después viaja a la China, siempre invitado por grandes corporaciones científicas y literarias. Dictó interesantes conferencias, charlas y clases magistrales. Sus impresiones de viaje nos llegaron oportunas y frescamente revestidas de su elegante estilo de acucioso observador y narrador. A su regreso vacía ricas experiencias en obras enjundiosas y actividades de contacto entre hombres de letras, de las que a menudo era el principal impulsor.

Pero supo también conquistar un lugar preponderante entre el lector común, enfocando temas nacionales anecdóticos y novelescos con extraordinaria maestría. Sus crónicas de viajes, casi siempre salpicadas de lo nuestro, de lo criollo, nos dejaron un sabor inobjetable de su ponderado talento de ameno narrador. Y ahí está —aunque la presente nota no persigue analizar sus numerosas obras y ni siquiera nominarlas— no la olvidemos, su *LOCA GEOGRAFIA SOBRE CHILE*, conjunto descriptivo que aborda, con originalidad inigualada, nuestra luminosa gama de materia pétrea y orgánico, humano y sociológico, que nos muestra enloquecidos en los vericuetos de nuestra cambiante y movediza franja de terreno. Crónica que el autor lo hace saltar súbitamente al pináculo de la popularidad y luego al Premio Nacional.

Al momento de su muerte desempeñaba el cargo de Cónsul Vitalicio de Chile en Tacna. Su vida, pese a la enorme variedad de actividades intelectuales, docentes y sociales que desplegara, se deslizó serenamente, con brillo, aunque sin la nombradía que rodea a un hombre de su figuración, porque siempre la rehuía como igualmente los halagos y lisonjas. Poseedor de una fortuna que le permitía vivir con comodidad, la dedicaba mas bien a alhajar su notable biblioteca y su novedosa pinacoteca. Durante largos años habitó su amplia mansión de Ñuñoa, rodeada de jardines y parques e impregnada de un aire señorial, de solemnidad, en la cual hasta levantó un pequeño templo —según él mismo lo dijera— destinado a la alabanza de Dios, donde invitaba a sus amigos a meditar en las cosas divinas.

Vivió en París los últimos tiempos de una bohemia interesante, cosmopolita, original: los finales del charabero, de la capa, el cabello algo crecido y el clavel en la solapa, indumentaria que le vimos llevar por las calles de Santiago, a su regreso de Europa.

Fue buen amigo, abierto a apoyar toda idea de interés, toda iniciativa de bien. Reunía periódicamente a escritores y artistas, charlaba largamente con ellos acerca de nuevos proyectos, de las necesidades que era posible subsanar o de la ayuda y estímulo que a tantos intelectuales en Chile hacen falta para salir a la luz pública. En resumen, Chile, pierde con el desaparecimiento de Benjamin Subercaseaux, a un benefactor, a un mecenas del intelecto y, sobre todo, a un intelectual de vanguardia, valiente, de temperamento libre, en el plano universal.

Benjamín Subercaseaux y Manuel Rojas [artículo] Julio Iglesias.

Libros y documentos

AUTORÍA

Iglesias Meléndez, Julio, 1900-1976

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Benjamín Subercaseaux y Manuel Rojas [artículo] Julio Iglesias.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile